

## El Escriba Sagrado: Escritura y pensamiento <sup>1</sup>

Mariano Arias

Doctor en Filosofía

La escritura es inseparable del hombre, define su estatus, su ser social e individual, su proyecto de ser. No se trata sólo de que la historia haya nacido con la escritura, es que el propio desarrollo de la escritura (en cada una de sus diferentes fases y ciclos) propicia ese sustantivo que marca la diferencia con la pre-historia. La cuestión sin dejar de sutil conviene reafirmarla, y sin menoscabo de la necesidad de ajustar el término de neolitización.

El proceso de evolución es consignado en el mundo animal como Reino; también en la denominación del Reino de la Naturaleza, así como el Reino del hombre queda establecido con el sistema escritural, nuevo estadio adquirido por el *hombre sucesivo*, cuyo estudio refiere la Idea de hombre, su estatuto como *sujeto operatorio*.

Tal *sujeto* es el cruce de capas heterogéneas y en cualquier caso impone su ejercicio, su implantación. La memoria del sujeto, inmersa programáticamente en la consecución histórica, lejana en el tiempo, está presente en su actuación contemporánea y coetánea, con distintos parámetros, también en la conducta del sujeto. Francis Ponge definió a este sujeto como “una cierta vibración de la naturaleza llamada hombre”. Si tenemos presentes las circunstancias naturales, materiales que giran no oblicuamente en torno al concepto de hombre, sería irrisorio pensar en un hombre-sujeto-escriba capaz de adquirir su identidad atemporalmente, al margen del medio natural o técnico apelando a una identidad ancestral; como si esa identidad no fuera ella misma variable, temporal, sometida a la actividad de los propios sujetos prolépticos (manifestada en la memoria cargada en actividades y resultados materiales: libros, máquinas, instituciones, arquitectura, etc.).

El hombre *in fieri* así interpretado, el *sujeto operatorio*, queda circunscrito a escala humana, es decir, descrito en función de su operatoriedad manual. Las manos son la *medida objetiva* de su actividad, como el aparato fonador constituye la medida del sistema fonológico.

Sin embargo, el Hombre no reúne los requisitos mínimos para constituir un dominio científico, un campo. Antes que hablar de Hombre convendría hablar de *material antropológico* para referirse a los campos de la antropología; no sería por tanto un ente dado al margen del *material antropológico*, estaría constituido por una tríada de componentes: personas, cosas y acciones. En este contexto ontológico se configura lo que denominamos espacio antropológico. Jean-Paul Sartre ha entrevisto esta tríada o estratos en *L'Être et le Néant* (p. 591 ss.) en el orden siguiente: 1) las cosas significadas, la realidad envolvente, semáforo, etc.; 2) las acciones que me corresponden a mí (en el orden interno de los proyectos, de los materiales construidos; y 3) las significaciones que conciernen a los otros, es

<sup>1</sup> El presente artículo es un anticipo de las tesis expuestas en *El Escriba Sagrado. Filosofía del origen e implantación de la Escritura* de próxima publicación.

<sup>2</sup> *L'Épopée de Gilgameš*, Tablilla XI, Versión ninivita, Edición de Jean Bottéro, Gallimard, Paris, 1992.

decir, las personas (en relación con el ser-Otro y en la libertad de dos conciencias). Al subrayar el ejercicio de la lengua en la relación personal, la escritura comportaría un lugar explícito y trascendente en la tríada o estratos: se ejerce la letra en un mundo dado “*déjà regardé*”, la palabra... y la técnica social tal como la “*phrase*” (oración, frase o proposición) en el medio de una situación, contexto de desenclaves lingüísticos, de armaduras sintácticas gramaticales, conexiones técnicas, dialectales; en suma, mundo ya surcado por seres nombrados que a su vez les han nombrado, personas significadas, situación horadada por materiales trabajados.

Ahora bien, la alternativa planteada adquiere una complejidad real, la sutileza sensible para fijar la respuesta al introducir un axioma que definiremos en su sentido fuerte: el “*escriba sagrado*” no es resultado de la mera evolución filogenética o de la determinación de cualquier entidad supra o infracelestial, sino la instauración o institucionalización de una idea pluralista y multilineal de hombre, compatible con principios exclusivamente materialistas no reduccionistas. Esta es la cuestión. Cabe hablar desde luego de la pervivencia del escriba en tanto lo sagrado se constituye como herencia pero liberado de la carga de ideología (en un sentido peyorativo), para constituirse en escriba de su tiempo en el medio social e intelectual del sacerdocio o la actividad económica mercantil. La pervivencia del escriba, por tanto, consume así un ciclo iniciado hace cinco mil años y en el cual, si ahora pervive, lo es en función precisamente de la mitologización y sacralización religiosa. Sagrado, por tanto, en cuanto subyace, críticamente incluso, ser hombre ungido en su sacralidad, proyecto que elige sus programas, proyectos en función de relatos, *μῦθος* (*mithós*), o reliquias, o *proyecto de ser Dios* en la terminología existencialista de Sartre. Diríamos que este hombre-escriba se aborda como el intento de conocer al hombre, un *universal singular* que desea alcanzar el *absolutus* imposible (acaso con la materia o la realidad). Sin menoscabo, por supuesto, de que tal anhelo metafísico pide un análisis fuerte y potente de la historia homínida en los tres ámbitos definidos por el *material antropológico*, el suelo del *hombre sucesivo* (incluso del *homo spectator*) quien permite encontrar en la *techné* (*τέχνη*), escritural las claves significativas humanamente escritas.

El proceso de implantación de la escritura remite a una diversidad estructural de condiciones que hicieron posible instaurarla como sistema funcional y dominante en las sociedades del Oriente Medio. Espacialmente precisamos para ello hacer un recorrido por las tres cuencas que cobijan gran parte del *contexto determinante* en el que cristaliza la escritura como *figura institucional determinada*: la del Indo, la del Tigris y Éufrates y la del Nilo. Temporalmente, además, adoptamos el término “*neolitización*” empleado por la arqueología para cubrir el período en el que se registran los principales centros de difusión, creación e intercambio en regímenes agrarios, de materiales y técnicas originarios de sociedades productivas, que posibilitan el origen y la difusión de la escritura.

Generalmente suele datarse el inicio de la Antigüedad —inicio también de la Historia— con la aparición de la escritura, con el paso del nomadismo al sedentarismo en un régimen progresivamente agrario. Es un criterio más que histórico, filosófico, metahistórico, porque la cristalización de la sociedad urbana y del Estado pertenece al mismo orden de hechos que la aparición de la escritura.

Tomando como criterio la escritura las civilizaciones de Egipto y Próximo Oriente (Mesopotamia, el valle del Indo) fueron las que iniciaron las formaciones intelectuales, técnicas y sociales conviviendo con las formas orales de reflexión y transmisión del pensamiento, las artes, la economía, distribución, mercantilización, etc., y la religión. De tal suerte que la aparición de la escritura en Mesopotamia hacia el 3.500 a.n.era supone el surgimiento coetáneo de técnicas, útiles, herramientas e instrumentos inherentes al control intelectual y estatal (político, religioso y social) y al nacimiento de las economías urbanas. En cuanto técnica significa una ruptura con el sistema anterior fundado en la *palabra hablada*, es decir, *el régimen oral*. La escritura por ello introduce un instrumento revolucionario en el orden del pensamiento y en sus sucesivas etapas de consolidación en el transcurso de milenios (escritura pictográfica, cuneiforme, fenicia, paleohebraica, alfabética, etc.).

A la vez, la acción escritural establece una distinción crucial entre sociedades o culturas con escritura —las “culturas civilizadas”— y sociedades o culturas ágrafas —“culturas bárbaras”—. Los términos “bárbaro” y “civilizado” no tienen un sentido subjetivo, más bien objetivo: la escritura supone almacenar gran cantidad de información, conservar conocimientos, registrar acontecimientos pretéritos, orales o no. Implica, por tanto, la Historia de las civilizaciones y la construcción de las primeras formas estatales, de los primeros reinos conocidos: sumerios, acadios, babilónicos, egipcios. La escritura hizo posible el surgimiento de la Filosofía, la geometría y las matemáticas. Efectivamente, la progresiva evolución de los signos desde la prehistoria y finalmente desde el Neolítico evolucionaron conjuntamente con el desarrollo de la economía y las formas de sociedad nómadas y sedentarias. Cuando se establece el sedentarismo e inician su asentamiento y consolidación las formas de régimen tribal, de ciudades (las ciudades-estado) en el oriente próximo, en Sumer (la actual Irak) hacia el 4.000 a.n.era, se están creando las bases para un modo de producción que revolucionará el orden social, religioso, político y económico.

161

NOVIEMBRE  
2014

Si la escritura culminó una de sus fases más importantes y decisivas históricamente en la Grecia del siglo VIII es conveniente introducir las variables que han propiciado los momentos álgidos de la *figura institucional determinada*, de la Idea de escritura, pero en tanto la escritura comporta una serie de sucesivas etapas antes de ser asumida por el ámbito intelectual de la Grecia clásica. Incluso el propio concepto de escritura variará en función de su “capacidad” de comprensión de la realidad. Desde la escritura cuneiforme implantada en Sumer hacia el 3.500 a.n.era, su progresiva influencia en el imperio acadio, semita, etc., la implantación del fenicio, del arameo o paleohebraico, hasta el surgimiento del griego y el latín su historia no puede entenderse sin ese discurrir de influencias y progresiva evolución-reconstrucción del signo ya desde el mismo arte rupestre. Tampoco puede hablarse de escritura sin referirse obviamente a su origen, un origen al que podemos calificar de “caótico”, crítico, “originado” por la confluencia de *variables o estadios de distinto rango conformando un mapa u ortograma donde se inscriben* imágenes, símbolos, signos. Acaso la referencia a “génesis” pueda ser útil para clarificar ese origen, no sin reinterpretar el sentido bíblico excluyendo la participación de entes o divinidades ya no protectoras sino metafísicas, incluso por el hecho de ser irrecuperable el *origen de los orígenes*, si no es que el origen ya esta infecto de esquemas de identidad y determinaciones de diferente clase, ya dadas.

Ahora bien, la clarificación del sentido impone la necesidad de introducir la variable de la transmisión oral del *conocimiento*, subrayando como la escritura no es la continuación

significativa de lo oral por otros medios. La relación entre la oralidad y la escritura evoluciona, gnoseológicamente, de un modo dispar. La evidencia de que la escritura no sustituye a la oralidad, ni tan sólo la complementa deja entrever otro tipo de cuestiones a estudiar: al dividir en dos etapas sucesivas (por cuestión del análisis más específico) la relación del hombre con el signo encontramos una primera etapa en la cual oralidad y escritura mantienen una interrelación débil, por mor de una escritura incapaz de reflejar la percepción y el pensamiento en signos, en trazos lineales. Los límites finales de esta etapa corresponderían desde los primeros signos pictográficos hasta el alfabeto hebreo.

La segunda etapa caracteriza la interrelación entre el mundo oral y el mundo escrito en tanto sistemas en los que no hay ya la prevalencia de lo oral sobre lo escrito y ni siquiera el mundo oral sin escritura, sino una representación de lo oral en la escritura (fonemas, etc.) y una ampliación del campo de los signos capaz de ejercer su presión en el discurso oral. Esta es la cuestión, poco considerada cuando se establecen parámetros reflexivos entre los dos ámbitos de representación.

Evidentemente, si el sistema oral no tiene referencia en lo escrito acabará perdiendo su mundo en las sombras del verbo. Sólo una transcripción “fiel” del verbo en signos puede recuperar aquel pensamiento, reflexión o mundo percibido. Pero el gran fruto y trascendencia de la escritura no es sólo recuperar la palabra hablada sino *subvertir* el orden del logos, del pensamiento y *ejercerlo*, entonces la oralidad cumple un sentido distinto al de la denominada pura oralidad. En otras palabras, la escritura revoluciona al mundo oral hasta el extremo de reducir el campo de su influencia y hacer posible el pensamiento en tanto capacidad de acción y reflexión, un *logos-gráfico*, en un contexto nuevo de la evolución del hombre.

En verdad, todas las sociedades primitivas tuvieron como elemento fundamental, y casi único, el de la palabra hablada como medio de comunicación y de reflexión. Es obvio que esa palabra oral ha tenido también su evolución, y su relación con el signo, la letra. Como tal, la técnica de la escritura determina, y no sólo en el ámbito económico o en la división del trabajo, su influencia en el desarrollo de otras técnicas, otros campos; invenciones al servicio del orden productivo, del orden religioso (tanto politeísta como monoteísta), al servicio de las artes de adivinación y magia, a las técnicas productivas y al propio lenguaje y disposición de signos, así como sus reglas. Será justamente en el campo religioso, como veremos más adelante, cuando la escritura alcance una impronta objetiva no menos compleja y determinativa.

Ahora bien, de las variables que conforman el nacimiento de la escritura, en relación con los objetos culturales moduladores del hombre, destaca la singularidad del objeto o útil capaz de *producir* signos, palabras, frases. Si el propio útil parece disponer de un dominio propio (*abierto* a la mano del hombre que lo proyectó y diseñó, al igual que el pincel, el buril o la herramienta de arado) lo es por cuanto el producto de él, la grafía-signo-letra-palabra ocupa ya un lugar en el mundo. No sólo en el de la técnica sino en el del arte mismo; no sólo en el ámbito de la escritura sino en el del pensamiento. Así, la percepción, la imaginación en el mundo escritural –por diferencia del mundo oral– son mediadas por el útil herramienta, la arcilla trabajada, el pergamino, la cera, etc.

El útil guarda la memoria, hemos dicho, es activado en el proceso anamórfico y por tanto capaz de estructurar el dominio técnico y científico. En cuanto instrumento técnico el cálamo es fabricado en función de una necesidad constructiva con finalidad expresa de significar un sentido material a la vez que una finalidad cuyos contenidos se harán explícitos en el propio proceso de comprensión humano del medio natural. Se hace necesario pues analizar el instrumento como tal elemento útil, objeto de manipulación, estilizado, ejemplo de antecedente de la escritura alfabética semítica y griega, etc. cuya impresión se realizaba sobre papiro y tintas de colores (fundamentalmente el negro, azul y rojo).

Una descripción formal del cálamo-instrumento permite caracterizar la triple relación establecida entre la materia, el útil y el trazado, indisociables y ligados entre ellos. El escriba, adaptándose a la arcilla, el elemento material capaz de hacer *signi*-ficativo el signo, cumple el objetivo primario de su relación con la producción de grafía. Durante tres mil años esta relación marcó el desarrollo de la escritura cuneiforme mientras la escritura jeroglífica egipcia seguía otro decurso con la base material en el papiro (y la piedra al servicio de la actividad religiosa y faraónica) y un soporte distinto, el cálamo-pluma cuya impresión o notación se efectuaba con un elemento distinto: la tinta. En cualquier caso la creación de signos escriturales estará en función de la base material, hasta el límite que marcará a la propia grafía capaz de motivar la estricta elección de los signos.

Por tanto, la arcilla marca el dominio del hombre en sus relaciones antropológicas en la época mesopotámica desde el Neolítico a la expansión del régimen agrario. Era la materia prima fundamental y primordial constituyente desde las artes ceramistas hasta la construcción de viviendas y enseres, objetos diversos cotidianos. La arcilla fue tanto la génesis de la vida como el privilegiado don de los dioses, y la escritura manifiesta su privilegio merced a la arcilla. La *Epopeya de Gilgamesh* (2.650 a.n.era)<sup>2</sup> en uno de sus pasajes (el *Diluvio*) hace referencia a ese material:

*Al séptimo día,  
tempestad, Diluvio y Hecatombe cesaron,  
Tras haber distribuido sus golpes (al azar)  
Como una mujer con dolores (de parto)  
El "Mar" se calmó y se tranquilizó  
Huracán y Diluvio se interrumpieron  
Miré alrededor:  
¡Reinaba el silencio!  
Todos los hombres habían sido  
Transformados de nuevo en arcilla.*

Parecidos pasajes pueden encontrarse en *Torá* judía o en el *mito de Prometeo* tal como lo describe Platón: la arcilla en tanto elemento material de génesis del hombre. Independientemente de su construcción en hueso, en madera o en marfil, el cálamo se diseñó con una punta troncopiramidal que permitía la incisión de una marca en la arcilla en forma de pirámide estilizada hacia uno de los lados y cuyo trazo variaba en longitud en función del significado del signo. A diferencia del pincel con tinta en papiro empleado por la escritura posterior alfabética aramea, o la misma egipcia, el cálamo cuneiforme mantuvo durante su

<sup>2</sup> *L'Épopée de Gilgameš*, Tablilla XI, Versión ninivita, Edición de Jean Bottéro, Gallimard, Paris, 1992.

vida la figura troncal con ciertos cambios en su forma. Si el cálamo empleado en la grafía pictográfica era un punzón casi romo (con antecedentes del artesano ceramista) el cuneiforme se inició con un biselado a partir de una sección cuadrada o triangular y una sección circular para la impresión gráfica de la numeración.

La Idea de hombre queda construida en la relación del sujeto (*sujeto operatorio*) con la *physis*, con la *naturaleza* arcilla, sin menoscabo de otras naturalezas; con el útil o herramienta, y con la producción tecnológica. Variables que encajan en el orden filosófico en tanto construcciones indisociables de las ciencias, las técnicas y los campos de investigación arqueológica. Destaquemos el orden de teorización crítico y su alcance para la Idea de escritura:

a) La Etnología considera que las sociedades bárbaras no tienen historia, son ágrafas. La deducción consiguiente sería esta: Sólo la Historia puede considerarse como tal en la medida que existen documentos escritos; así pues, aquellas sociedades ágrafas quedan arrinconadas en los inicios o frontera, a lo sumo, de la Historia, la cual quedaría sometida al estudio de la Etnohistoria.

b) El estudio de la escritura debe analizar y/o encontrar los elementos, variables y contextos que permitan establecer criterios objetivos para diferenciar el concepto de escritura y el concepto de agrafia. Para ser más específicos: cuáles serían los orígenes de la escritura, entendiendo ésta como el instrumento capaz de dar una significación real, vale decir física, independientemente de cual sea su “forma de presentación”.

c) La pertinente oposición constituyente Escritura / Agrafia explica la Idea de *symploké*: La escritura implica un tipo de tejido, una acción propia de tejer, y tal acción, incluye un proyecto consciente, una *anamorfosis* (recuperando un concepto muy querido para Platón) lo cual no supone necesariamente la inclusión de cualquier elemento, objeto o cosa, sino elementos muy precisos que atañen al proceso de desarrollo y constitución de la escritura *signi*-ficativa. Y sin ocultar que será el hombre quien elabore, construya, cree, mediante diversas técnicas ese objeto: la escritura, en cuanto material entre otros que le definirán como tal.

d) La articulación del *material antropológico* incluye un espacio antropológico constituido de una división en tres *ámbitos / ejes* del hombre: el constituyente al de la relación con los otros, con el prójimo, la sociedad civil; el de la naturaleza, material, la *physis*; y el ámbito religioso, el de lo sagrado, aun distinguiendo la necesaria *no identificación* de ambos términos y sus conceptos. Aplicados tales *ámbitos/ejes* a la fundamentación de la escritura se produce una *symploké*: se pueden disociar, pero no distinguir “realistamente”. Es decir, se disocia el carácter sagrado, también el religioso, pero se reconoce una técnica (*techné*) que está utilizando un material, la arcilla, la cera, la tinta por ejemplo (el de la *physis*), y unas funciones operatorias ejercidas por el chamán, el brujo, etc., y fundamentalmente en el orden del conocimiento técnico humano, en el *hacer*. En suma, la ventaja de tal división en ejes será esta: frente a una disociación ontológica establecida entre naturaleza y cultura como si fuesen entidades materialmente separadas en este constructo no se hace ninguna sustancialización; tales ejes son considerados en la imbricación constante entre ellos.

e) La escritura desde estos presupuestos, sumariamente expuestos, no sería sino la “inevitable” continuidad obtenida de su confluencia con las técnicas de las primeras formas simbólicas, reliquias y la oralidad pura, tradicionales del relato, sin descartar la propia evolución de la técnica oral. La escritura representa (con las primerizas formas del Neolítico denominadas pre-escriturales, con las fichas de contabilidad, las *bullae*) la relación directa con la naturaleza (el mundo), con los otros (la reflexividad también) y con los *númenes* y en su caso dioses bajo la forma del relato mítico y la dependencia técnica del narrador, ahora constituido en escriba, el nuevo papel del *sujeto operatorio* implicado en este proceso. Jack Goody<sup>3</sup> ha subrayado el estatuto adquirido por la escritura: “El problema central de la contribución de la escritura a la economía tiene que ver con su función en el “desarrollo” en el más amplio sentido, es decir, en la promoción de nuevas tecnologías (...), en la ampliación de las posibilidades de la administración por una parte y del comercio y la producción por otras, en la transformación de los métodos de acumulación del capital y, finalmente, en la modificación de la naturaleza de las operaciones individuales de tipo económico”.

\* \* \* \* \*

No es momento de emprender aquí una exposición exhaustiva de las interpretaciones y exposiciones sobre el origen y la implantación de la escritura, un estado de la cuestión. Cabe, sin embargo, señalar que nos situamos en el inicio de la reflexión sobre la lengua y la significación de lo escrito como grafía (grafema). Aristóteles inauguró la singladura de interpretaciones y controversias acerca de las teorías sobre la evolución de los sistemas de escritura; aunque ya Platón había observado la *dicotomía* entre grafía y verbo o régimen oral. Un estado de la cuestión en cuanto a las distintas interpretaciones, enfoques o teorías se concentran en la afirmación aristotélica: “Las palabras escritas son los signos de las palabras habladas”<sup>4</sup>. Tal declaración ha definido el horizonte de múltiples modos de entender y estudiar dialéctica y críticamente la escritura. Por de pronto la consideración de la escritura como un sistema basado en el grafismo y con capacidad para transcribir el habla. Tal principio, que no debe ser considerado como hipótesis, ha permitido presenciar el ascenso de teorías cuya base se asienta en la linealidad de la evolución de la escritura desde los primeros sistemas pictográficos a la escritura alfabética.

Parecería que el alfabeto reúne todas las posibilidades y capacidades para representar (o “transcribir” mecánicamente) aquello cuanto pueda decirse, mediante el recurso (no discriminativo, esencial) de los fonemas. La evolución y la historia de los signos desde un principio llevarían (determinativamente o de modo finalista) a intentos, en algunos casos fallidos, por alcanzar ese estatuto definitivo y anhelado. Es el problema, dicho sumariamente, lingüístico e histórico, que afecta a la relación habla-escritura. Y que de algún modo no solventa, desde estas hipótesis, semejante relación ya que lleva en su seno la pesada carga del determinismo. En principio, por el mismo hecho evolucionista de la ausencia de un proyecto, cuya fundamentación parece acogerse *ad hominen*, antes que a la serie de proyectos; y por sí mismo incapaces de prever las consecuencias de una técnica que se mueve en función de variables determinativas acogidas y enunciadas por relación a un material antropológico, no fijo sino en constante transformación, diríamos *in fieri*.

<sup>3</sup> *The Logic of Writing the Organization of Society*, Cambridge University Press, Cambridge, 1986, capítulo 2.

<sup>4</sup> *De interpretatione*, 1.4-6.

La frase de Aristóteles: “Las palabras habladas son símbolos o signos de los afectos o impresiones del alma (*psique*), las palabras escritas son los signos de las palabras habladas” (*Ibid.*) se encuentra en el horizonte intelectual e interpretativo de Ferdinand de Saussure (incluso Mattingly<sup>5</sup> afirma que la escritura es “un cero a la izquierda” por relación al habla).

Bloomfield<sup>6</sup> defiende la escritura considerándola “una manera de registrar la lengua”: “La hipótesis evolucionista parte de un supuesto que pide la explicación (no sólo crítica) de las condiciones en que han nacido los distintos sistemas de escritura, y una explicación del supuesto conocimiento por parte de tales sistemas de la lengua (palabras, fonemas, etc.).”

La institucionalización del alfabeto griego a partir del fenicio y los dialectos de la Grecia arcaica permitirá el desarrollo y la consideración de tal creación como uno de los hechos relevantes en la escritura y marca el destino histórico (y acaso denominado intelectual) de las culturas occidentales. La posesión de una efectividad escritural en la reflexión y abstracción permitirá la dislocación entre culturas alfabetizadas y no alfabetizadas.

Este hecho discurrirá en cuanto a su interpretación en el proceso de asentamiento y crítica del orbe intelectual europeo. Rousseau en el siglo XVIII se constituirá en su máximo representante, ante todo por su sentencia, clásica en los estudios de la lengua, en la que entrevé la dislocación: “Estos tres modos de escritura corresponden casi exactamente a tres diferentes estadios según los cuales pueden considerarse los hombres reunidos en una nación. La pintura de objetos es apropiada para los pueblos salvajes, los signos de palabras y de proposiciones, a un pueblo bárbaro, y el alfabeto, a los pueblos civilizados”<sup>7</sup>.

La aplicación de la crítica roussoniana a la escritura se amplifica cuando Saussure arremete contra “la tiranía de la escritura” que desplaza según los lingüistas el objeto oral<sup>8</sup>: “El objeto lingüístico no se define mediante la combinación de la palabra escrita y la palabra hablada: la forma hablada constituye por sí misma el objeto”.

Este tipo de análisis ha sido profusamente reinterpretado, rebatido y asimilado por distintas tendencias, y fundamentalmente por teorías que han confluído en la consideración de la primacía del alfabeto para representar los sonidos, en última instancia para elucidar fonológicamente los patrones escriturales, al interpretar los signos en cuanto propiedades de las formas verbales (fonemas, sintaxis, lexemas). Las demás instancias grafistas, incluidas las palabras, los signos logográficos, etc., entrarían en estadios previos y sólo alcanzarían su punto álgido o de inflexión con el alfabeto. Aquí es donde confluyen las teorías de Marcel Cohen, de Ignace Gelb y de Diringer, las cuales quedan expuestas a los actuales conocimientos arqueológicos, antropológicos y filosóficos.

<sup>5</sup> “Reading, the linguistic process, and linguistic awareness”, en J. Kavanagh e I. Mattingly (comps.), *Language by eye and by ear*, MA, MIT Press, Cambridge, 1972.

<sup>6</sup> en *Language*, Holt, Rinehart & Winston, New York, 1933, p.21.

<sup>7</sup> *Essai sur l'origine des langues: ou il est parlé de la mélodie et de l'imitation musicale*, *Oeuvres*, vol. 13, París,

<sup>8</sup> “Langue et écriture sont deux systèmes de signes distincts; l'unique raison d'être du second est de représenter le premier; l'objet linguistique n'est pas défini par la combinaison du mot écrit et du mot parlé; ce dernier constitue à lui seul cet objet” (*Cours de linguistique générale*, París, Payot, 1960, p. 45).



Dicho esto sin excluir, desde luego, las implicaciones, estudiadas por E. Havelock, referidas al alfabeto griego a raíz de su institucionalización social e intelectual<sup>9</sup>: “La invención del alfabeto griego, a diferencia de todos los demás sistemas previos, incluyendo el fenicio [del cual deriva] constituyó un acontecimiento en la historia de la cultura, cuya importancia aún no ha sido totalmente aprehendida. Su aparición divide todas las civilizaciones anteriores a la griega de las posteriores. Su sencillez ha permitido construir dos formas gemelas del conocimiento: la literatura en el sentido postgriego, y la ciencia, también en sentido postgriego”.

La crítica más fuerte al logocentrismo y a la metafísica del lenguaje en aras de la consideración del sentido que desencadena el lenguaje la desarrollará, desde el campo estructuralista, Jacques Derrida. Su crítica a la consideración del signo gráfico como ligado en intimidad al significado permitirá ejercer uno de los más críticos ejercicios de superación de la metafísica tradicional, arrastrada desde los estoicos hasta Heidegger.

¿Cómo conforman el pensamiento los *grammata*, las letras o caracteres, los signos gráficos “escritos”? ¿Cómo lo constituyen? Hablamos de vista y oído para referirnos al constructo escritura / grafía. La “visión por el ojo” en el campo de la grafía alcanza a desnivelar al oído de la representación lingüística. La experiencia de la escritura ya es entonces el foco de atención del yo-formante sobre una forma de pensar distinta al logos pre-escritural.

Podríamos decir que la escritura permitió expresar las emociones, los afectos construidos sobre la base de la vida personal, incluso las pasiones o sentimientos. Cuando las palabras o grafías fueron conocidas (creadas, fabricadas) y entraron en el territorio del mapa de las ideas y conceptos dieron el sentido a la pluma. Las palabras escritas podrían ser contadas y cantadas, expuestas al cuerpo, exteriorizadas ya como líneas, trazos o puntos, signos en suma. Es un ida y vuelta renovado y superado, o lo que es lo mismo: el retorno al ser.

He aquí el punto de inflexión en donde la significación se aparta de la percepción “oral” y constituye la significación perceptiva (*la letra es percibida*). Ahora, lo escrito no sólo no *sustituye* a la imagen, sino que la constituye en otro nivel o espacio, e inagotable por la propia infinitud del complejo edificio significativo; aun reconociendo a la escritura como inagotable en su campo o espacio de realidad, por cuanto la percepción de lo escrito no es sino una de las muchas percepciones que el sujeto establece y crea respecto de objetos o cosas.

Parecería que habiendo sido escritas, diseñadas y dibujadas en el papel, las palabras-signos observan al ser que las ve, miran su parpadeo, su actitud ya sea dubitativa o firme, su seguridad en el trazo, los ojos que le ven, el propio pensamiento que la mano ha dispuesto el trazo para hacer surgir la letra.

---

<sup>9</sup> *The literate revolution in Greece and its cultural consequences*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press, 1982, pág. 85.

Hay memoria del signo, hay percepción de su trazo, lo hemos visto, una memoria con referente físico, no oral o fónico. Aparte de la construcción léxica del mundo fónico puro el mundo escrito establece otros límites en la percepción y recuerdo, una estructura perceptiva.

De ahí los gestos, el recurso a la gramática de signos / imágenes / emociones que el *ser* se propone emprender desde herramientas fabricadas, generadas técnicamente. De hecho la memoria queda implantada significativamente, pero los *signos* (verbales o no) no remiten únicamente a palabras, y la imprecisión o desajuste significado / significante es insuperable. La memoria nunca “recupera” y hace presente la trascendencia del sentido, de la verdad, ni tampoco la esencia (sustancia o ser) del recuerdo de lo que *fue* real; ya no por razones fisiológicas o de orden mental sino, estrictamente, porque es *en los signos donde descansa el ciclo recurrente y la elipsis de la actividad escritural o verbal*, racional siempre, y así ha sido construido ese presente que en el tiempo de los signos intenta recuperarse. Pero no es posible hallar la *couple* realidad / significado-significante, o Ideas / realidad.

Hay otro aspecto singular de los *grammata*, estos signos formales escriturales que ahora adquieren sonido en la lectura, son leídos y memorizados, deletreados en el silente espacio, sea por el actor trágico griego, en el ámbito monástico, o en la aislada celda en el largo y profundo medievo... El escrito letrado está ahí, en la articulación de la boca y la mano, próximo al tacto y a la percepción del ojo, de la visión, imagen virtual del pensamiento abstracto, más allá del cuerpo, frente al ser-que-lo-ha hecho-visible, quien le ha dado *forma*, inmerso en la cultura y producto necesario de la *techné* (τέχνη). Es con el surgimiento de la lectura oral de los *grammata* cuando la palabra escrita *renace* en el “cuerpo” del lector, a diferencia de la oralidad pura. Ahora tales signos adquieren vida *bipolar*, fuera del ser y a la vez propios del ser, quedan definidos en función de sí mismos, objetivados y latentes, esperando a los labios y los ojos para enriquecer el espacio del sentido y significado que su existencia proyecta.

### Los círculos y epiciclos escriturales

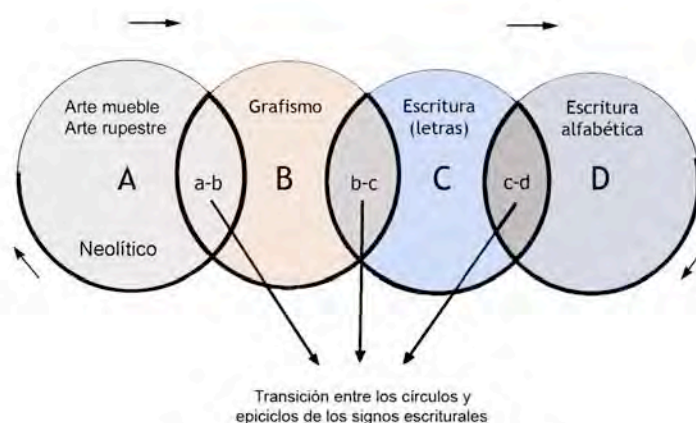


Figura 1: Representación gráfica de los círculos culturales de orden evolutivo y los epiciclos correspondientes a los signos escriturales

Las precedentes consideraciones nos llevan a plantear el propio desarrollo de la escritura, acoplarlo a un nuevo esquema de análisis. Su estudio permitirá una mayor comprensión de la lengua y la escritura en un largo proceso hasta el alfabeto griego como centro de estudio garante de la trayectoria (transiciones sucesivas) del pensamiento y de la asimilación de *Conceptos e Ideas*. No de otro modo podremos comprender la significación y raíz de la que podemos definir como eclosión de la capacidad reflexiva, así como el concepto de *Producción* ocupará un lugar relevante, al cual nos referiremos más adelante.

Para poder dar cuenta de esta transición constructiva en el plano del progreso de las técnicas debemos ampliar la versión del *espacio antropológico* que se mantiene estructuralmente más en la dimensión sincrónica, mediante un artilugio que permite incorporar la dimensión diacrónica. Nos referimos a la manera en que representamos la *anamorfosis* de técnicas sucesivas a través de lo que denominamos *epiciclos*.

Desde el presente escritural desarrollamos el organigrama de *círculos progresivos significativos*. Denominamos *círculos* a las manifestaciones culturales-significativas (“instituciones simbólicas” en la nomenclatura de Marc Richir) referentes a los distintos signos escriturales los cuales mantienen, por su necesidad técnica y material un despliegue singular en el ámbito geográfico, cultural, técnico, etc. Círculos desde luego desenvueltos en el proceso de *anamorfosis y prolepsis*, en el plano de una evolución del hombre adscrito a un modo de concepción del útil-mano distinto según el enclave social y material que le corresponde.

Denominamos *epiciclo* al recorrido sinuoso, tomando el término prestado de la argumentación ptolemaica (y diseñado por Apolonio de Pérgamo) para explicar el movimiento aparente de los cuerpos celestes. En la aplicación que le concedemos ahora, tal geometrización encaja en el diseño de la sucesión de los signos, sean gráficos, petroglifos, imágenes, etc. A la vez, se eluden los cortes supuestos entre los distintos ámbitos de conocimiento donde se integran los signos, y ello porque el *círculo* es el símbolo de la racionalidad eludiendo a la vez la denominación de esferas (de esferas de conocimiento) en la medida que ello tendría que soportar un supuesto de cierre ajeno a nuestro interés descriptivo e interpretativo. Ahora, los epiciclos revelan la velocidad y dirección marcadas que observan la dirección del *regressus* hacia las formas primeras, acaso conjeturas, sobre las cuales cabe integrar tanto las investigaciones de campo como los restos, reliquias del pasado pre-histórico en su sentido más lato y en cuanto componentes de un material antropológico aún inexplicable en parte.

Los cuatro *círculos* corresponden a los niveles de significación de los signos según el *contexto determinante* de la época, estadio o sociedad en sus *esquemas de identidad* correspondientes. Incluimos el ámbito del Arte Rupestre y el Arte Mueble (**A**) como primer círculo cultural en la medida que los signos variables y diferenciadores según las culturas paleolíticas (Magdaleniense, Levantina, etc.) van a depender de la técnica y serán los primeros balbuceos del grafismo y que ya encontramos en el círculo **B** en donde el nivel de consolidación y técnica del signo alcanza un nivel *estable* tal como se encuentra en las culturas de la escritura de Vinča hacia el 6.000 a.n.era, etc. Este círculo integra las *bullae* y las fichas mesopotámicas (**Figura 2**) datadas arqueológicamente en el Neolítico. El círculo **C**

supone la tradición técnica de los círculos anteriores, en un nivel de *regressus* y *progressus*, *anamórfico* y *proléptico*, donde el progreso es entendido en la medida que la transición es obligada, necesaria. Justamente las franjas entre los círculos determinan ese valor de transición, válidas durante milenios (en su variabilidad) y cuyo ejemplo más paradigmático lo encontramos en el desarrollo de la escritura cuneiforme y la escritura jeroglífica (con la transición **b-c**) y alfabética (con la transición **c-d**).

En la **Figura 1** se observan las etapas del acceso a la escritura desde el proceso de neolitización. Evidentemente esta es una de las claves sociales e interpretativas en el espacio circular que obligan a esa *anamorfosis* constante. La gran ventaja de los *epiciclos* aquí representados es que justamente estos retornos dialécticos son retornos en los que se producen colisiones y confrontaciones entre nómadas y sedentarios.

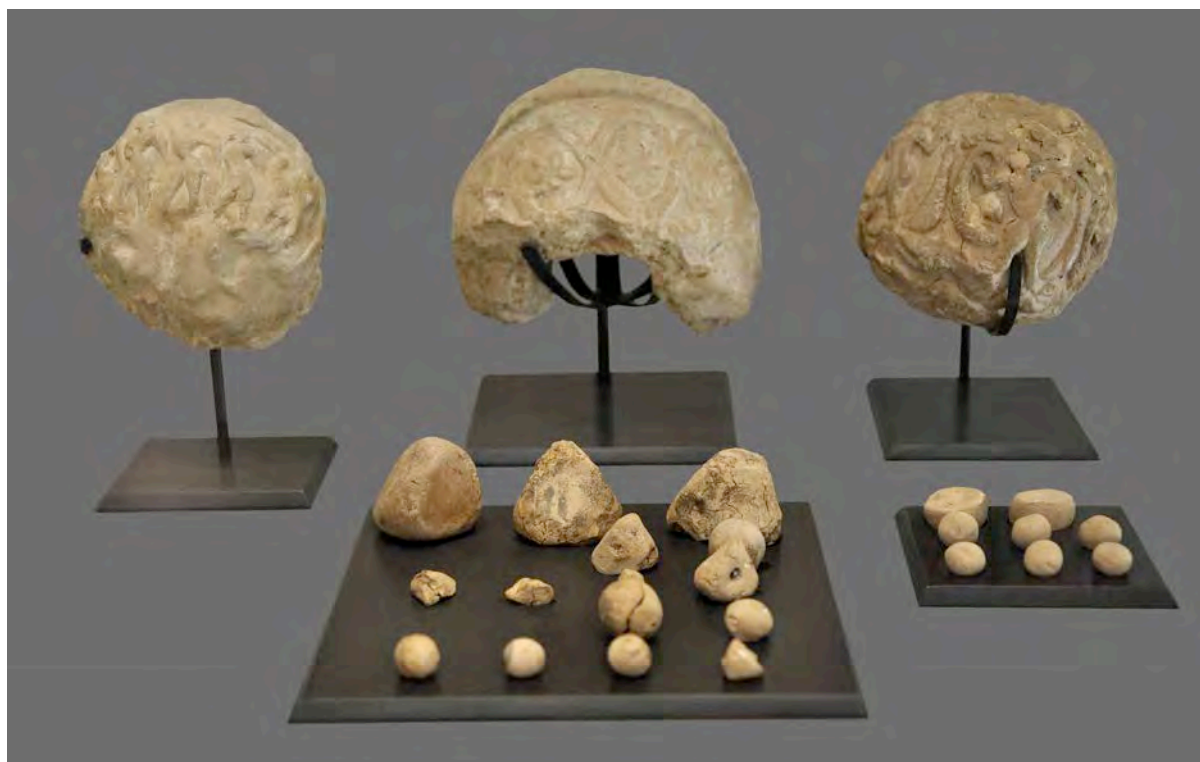


Figura 2: Bullaes y fichas procedentes de Susa. 3.500 a.n.era. Museo del Louvre, Paris. Foto: Mariano Arias.

Los procesos *epicíclicos*, al igual que el propio engranaje *anamórfico* característico del proceso escritural según queda diseñado, adquieren un específico registro en las distintas etapas enumeradas, al igual que los elementos que conforman la evolución de la escritura sobre la base de los estudios de Denise Schmandt-Besserat<sup>10</sup> acerca de las *bullae* y los pictogramas sumerios.

Es evidente que la aportación categorial ofrecida es decisiva para el paso que procede realizar a continuación (más allá, incluso de las posiciones teóricas y emergentistas

<sup>10</sup> *Before writing*, The University of Texas Press, Austin, Texas, 1992.

como la ejercida por Jean Jacques Glassner<sup>11</sup>), y ello por cuanto la *figura institucional determinada* nunca “emerge” entera del pasado, sino que constituye el resultado del proceso de *anamorfosis* obtenido a partir de aquellos componentes paleográficos (signos, tablillas, cuñas) pero también de los componentes referidos a los ámbitos sociales y religiosos, los cuales funcionan conjuntamente. En este sentido la posición de Denise Schmandt-Besserat es pertinente en el nivel categorial, y decisiva en el orden filosófico cuando se trata de construir el orden de la Idea de hombre-escriba.

El estudio del origen de la escritura es pertinente en cuanto *crítica* de la propia escritura en el espacio antropológico consolidado en materiales múltiples, diversos e incluso en ocasiones dispares. Diseñar el *material antropológico* ahora comporta construir la crítica de la escritura, considerar la idea de *producción* en su ámbito filosófico, no sólo en el campo económico ni sociológico o antropológico (en su interpretación etnográfica), sino recurriendo a los momentos dialécticos que desde el idealismo alemán cruzan los registros doxográficos e históricos.

Y ello porque nuestra pregunta sobre los orígenes de la escritura no se sustenta en ninguna teoría o creencia sobre la génesis divina, trascendental o no, génesis absoluta y sustantiva, sino sobre el propio proceso de producción, en tanto comprende no sólo las fuerzas productivas (los materiales antropológicos) sino también las relaciones de producción (geométricamente articuladas). Esta es la cuestión.

Ahora bien, el concepto de *producción* encuentra su correlato en la Idea de Actividad en tanto *excrecencia* fundamental del Espíritu hegeliano. Recuperada como idea crítica por Marx la *producción* se integra como elemento antropológico filosófico en el materialismo histórico. La Idea de *producción*, por tanto, alimenta el elemento escritural en tanto *objetivación* (*Vergegenständlichung*) y constructor del propio *ser* humano e integrada en tanto *fabricación* en el espacio antropológico resuelve una de las variables más críticas y originales de la creación de los *signos* de la *escritura*. Significada la creación, extensiva más allá de la creación literaria o poética (del reino de la imaginación, o ámbito psíquico) y del reino de la economía puede ejercer su estatuto al acercarse a los términos filosóficos tal como lo describe Espinosa en su *Ética*: “El cuerpo es la idea mediante la cual el alma se piensa a sí misma”.

En la equivalencia entre el Espíritu hegeliano y el concepto de *producción* en el materialismo histórico queda establecida una referencia de sentido, en tanto la realidad se construye mediante la *producción*, y por tanto el ser social cambia en la misma medida que los cambios se realizan en el orden económico, ideológico y social, en suma en la propia realidad natural e histórica.

Es en este orden de acontecimientos donde *creación* y *producción* alcanzan su nivel de importancia e interés radical. Los hombres fabrican útiles, herramientas, objetos funcionales científicos y técnicos; en suma, si fabrican *operadores* capaces de transformar la realidad, precisos para escribir no sería tanto para cumplir su necesidad de signos-escribir como para expresar la cancelación de las apariencias. Cancelación sólo posible como creación y construcción material de las ideas, capaces de determinar o fijar las causas y los

<sup>11</sup> Jean Jacques Glassner, *Écrire à Sumer*, Éditions du Seuil, Paris, 2000.

mecanismos *ocultos*, que permiten ordenar, mandatos o prohibiciones capaces de neutralizar los conflictos sociales. El concepto de *producción* ligado a la expresión gráfica concede a la escritura la cristalización y materialización del *espíritu objetivo*. *El Código de Hammurabi* (siglo XVIII) y las *Tablas de la Ley* (siglo XII o XIII) de Moisés serían dos ejemplos capaces de ilustrar la tesis de la materialización de la Ley en tablillas y en piedra como la única expresión del *espíritu objetivo* que cancela los conflictos e instaura aquellas normas a las cuales se someterán los pueblos con el rango casi divino. Existe, puede decirse una necesidad de asociación implícita entre la permanencia de la piedra y la eternidad de la divinidad.

### ***Politeísmo / monoteísmo: religión y escritura.***

La propia e intrínseca formación del constituyente simbólico lleva consigo la realización de lo sagrado. La memoria sagrada de la imagen convivirá con la escritura gráfica desde el mismo surgimiento del fonograma, es decir, de la letra. El *contexto determinante* se hace efectivo en aquel espacio que acogerá, podemos decir que indefectiblemente, el Tabernáculo y en donde el binomio tablilla-Yahvé se convertirá con el devenir histórico en el factor clave, el antecedente histórico dentro de la crisis de la iconoclastia bizantina. Un factor que contribuiría a ello, lo será el hecho de que Moisés (hacia el 1.300 a.n.era) considere el nombre de Yahvé como el giro sacro capaz de enfrentarse, por la propia definición de la trascendencia yahvista, a los dioses politeístas.

Por ello la *cuña* escritural introducida entre el politeísmo y el monoteísmo, deducida queda referida tanto a la figura del sujeto escriba como al producto de su acción, el signo y (la evolución de) la letra. ¿Dónde se *oculta* entonces, o dónde se *esconde* el nombre sagrado de Yahvé, en tanto grafía, concepto y significado  $\neq$  significante? Y decimos se *oculta* desde nuestra posición actual entreviendo el campo, el territorio a recorrer, la estructura teológica-gráfica de la sociedad inmersa en la lengua semítica. Es entonces cuando alcanza a nombrar, desde una lengua alfabetizada, una figura hasta entonces reclusa en un politeísmo profusamente ilustrado y con nervios gráficos diferenciados según la estructura lingüística considerada.

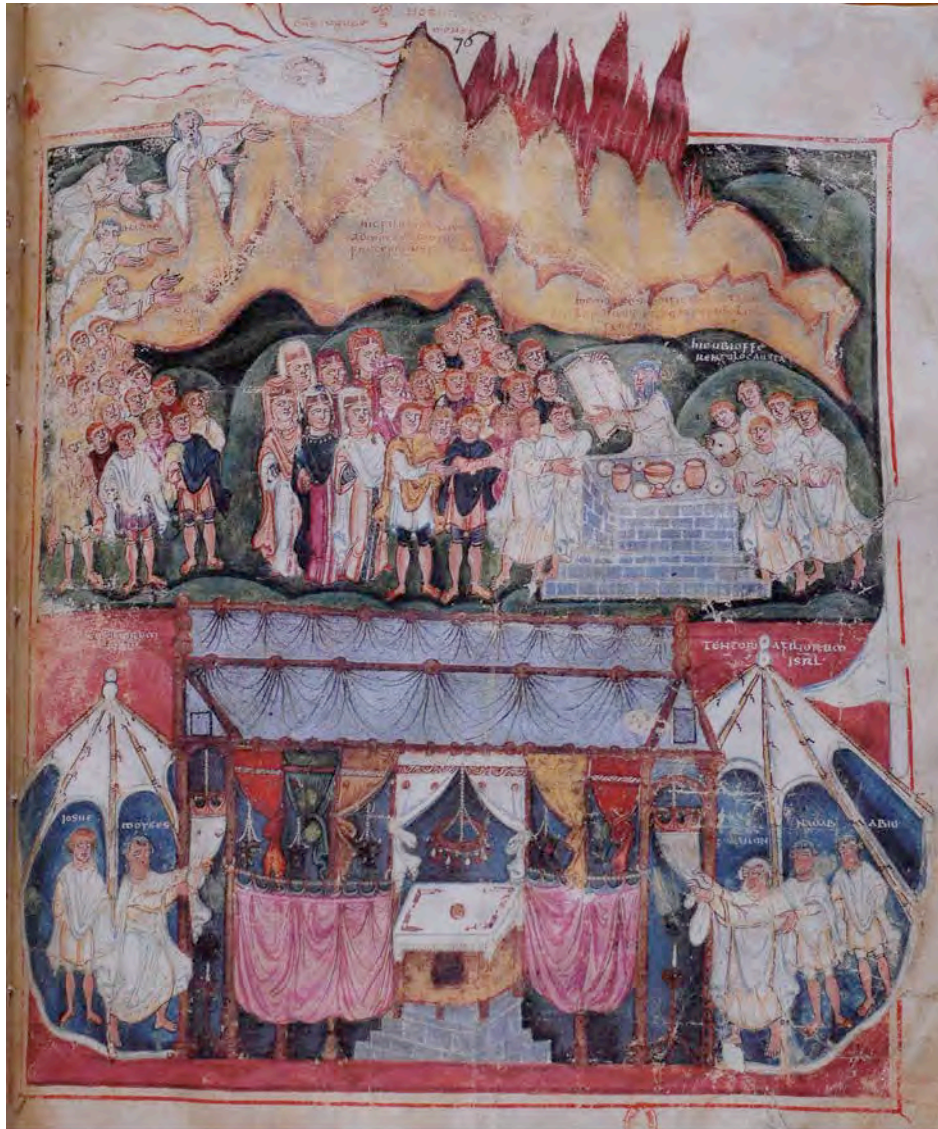


Figura 3: Moises recibiendo las Tablas de la Ley, Biblia de Tours o de Ashburnham. folio 76v. Bibliothèque Nationale de France. Ms. Nouv. acq. lat. 2334, siglo VII.

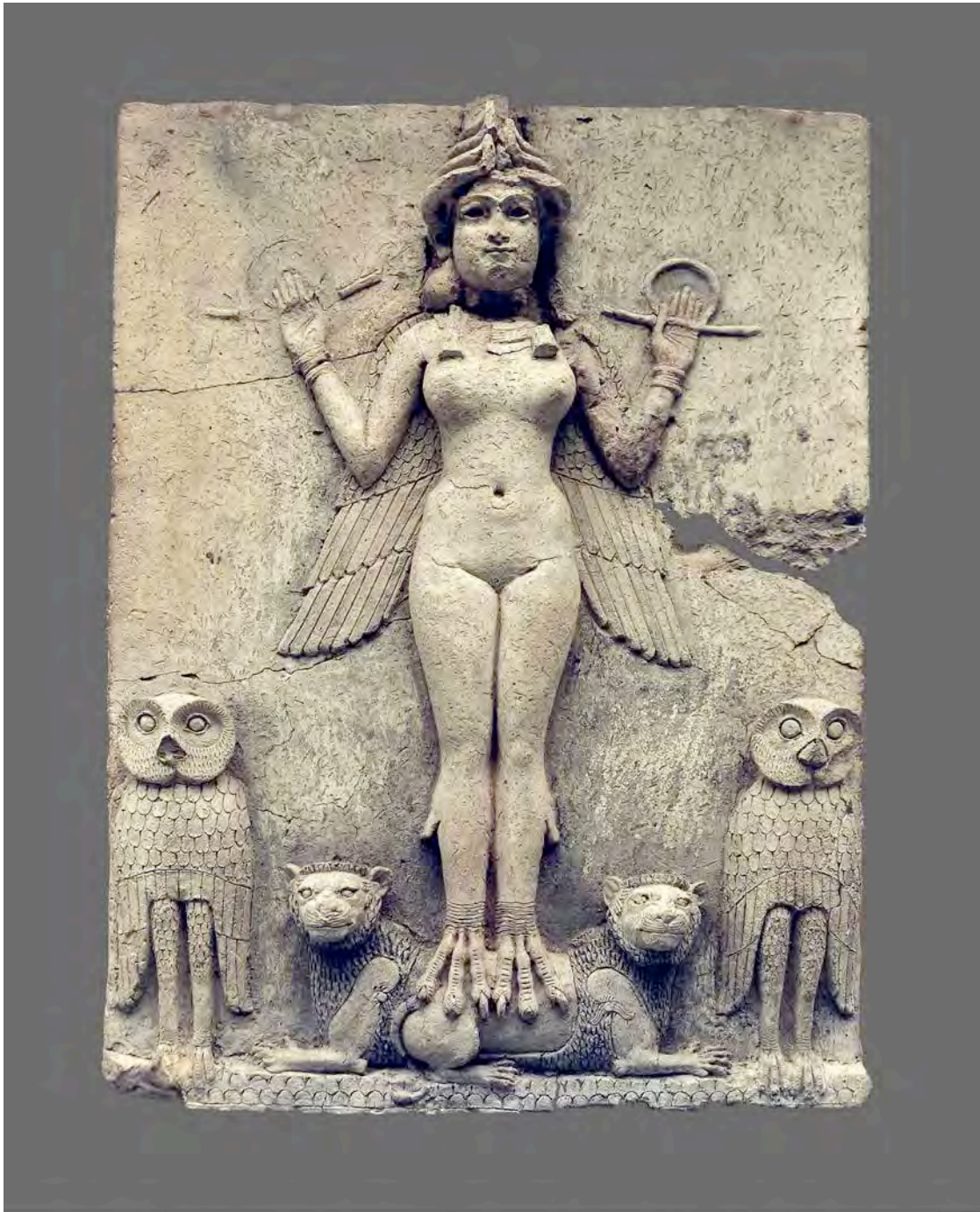


Figura 4: Placa representando a la diosa Ishtar, denominada “Reina de la Noche”, diosa del inframundo. Antigua Babilonia, 1800-1750 a.n.era. Sur de Iraq. Largo: 49.50 cm. Ancho: 37 cm Espesor: 4.80 cm (max.) ME 2003-7-18,1. British Museum. Foto Mariano Arias

Desde luego, este nombre sagrado no puede surgir antes del siglo XIII - XII a.n.era, cuando está establecido el sistema cuneiforme ideográfico, incapaz por su propia *techné* de explicar las formas verbales gramaticales, ni tampoco un alfabeto vocalizado como el griego del siglo VIII, ni un alfabeto consonántico que remite una y otra vez a una revisión constante y casi esquizofrénica sobre la grafía para evidenciar el sentido del mundo. Dios (el Yahvé monoteísta heredero singular por exclusión de la figura ancestral semítica de *El*) se escondería



en el fonograma, en la letra, no en el logograma, propio del politeísmo, para surgir en el círculo preciso del alfabeto semítico y teniendo presente las figuras de Abraham (1.700 a.n.era) y la figura de Moisés (1.250 a.n.era) (**Figura 3**); ambos sabían escribir o al menos conocían la lengua o la escritura cuneiforme el primero, y la lengua alfabética cananea el segundo, con la cual Moisés podía comunicarse aparte de conocer el sistema complejo de escritura jeroglífico egipcio o el cuneiforme de Babilonia, hartos difíciles para la transmisión popular de sus escritos. La institucionalización del nombre de Yahvé, de la figura de Dios, por tanto, sólo fue posible, a nuestro juicio, en el propio proceso de institucionalización alfabética que significó la estrategia de la escritura semítica. El concepto de Yahvé está y reside en su grafía, en la lenta asunción de la escritura cananea o protohebraica y el arameo (el hebreo clásico se instaurará *de facto* en el siglo II a.n.era). A Yahvé en su grafía protohebraica o cananea antigua se le asignarán los caracteres 𐤎𐤑𐤍𐤏, tal como se refleja en textos no canónicos bíblicos. Y en la órbita *epicíclica* del alfabeto fenicio tales caracteres derivarán, ya en la institucionalización mosaica, en la grafía יהוה (YHWH = tetragrammaton) del hebreo clásico.

El concepto de Yahvé al que hemos llegado rompe el estadio politeísta para alcanzar un espacio netamente diferenciado. Ya no serán los dioses Nabu, Enlil, Pazuzu, Ishtar (**Figura 4**), El, etc., significados en los textos acadios, semíticos y específicamente hebreos bajo el rótulo genérico de “becerro de oro” cuyos conceptos quedan inmersos en el mundo de la *religión secundaria*, en el inmediato contacto con los fenómenos de la naturaleza (fuego, tormenta, montaña, Sol, lluvia, etc.) y el resto de especies animales no domésticas (leones, serpientes, lémures, hipopótamos, etc.); con la impronta marcada de influir en religiones politeístas tanto egipcias como griegas adquiriendo cada una de estas distintas características peculiares según los distintos *esquemas*. Ahora, Yahvé *significará*, será, el concepto de tetragramatón, la *palabra escrita* entregada al significante, a la fortaleza de la tablilla, de las tablas de la Ley; he ahí la *Idea* de Dios, la implantación de la *Primera ruptura sacra* (1.300 a.n.era con Moisés). Y las cualidades diferenciadas de único, rey de los dioses y de la voluntad serán atributos posteriores para definirle en los últimos siglos antes de nuestra era; sólo cuando la unificación judía de los siglos VII a V a.n.era consolide su estado o condición nueva política quedará implantada la *Segunda ruptura sacra*: el cristianismo helenizado, de influencia estoica y platónica (Filón de Alejandría, Pablo de Tarso) concederá a Yahvé las atribuciones de ser eterno, uno, etc. La traducción de los textos bíblicos al griego, en el ámbito de la *coiné*, la Biblia de los LXX, la *Septuaginta* cambiará el ritmo de la institución sagrada, estudio e implantación de la teología y por tanto la hermenéutica judía y cristiana.

### ***El alfabeto y el logos de la Filosofía griega.***

La constitución de la *figura-grafía* de Yahvé (**Figura 5**) permite establecer la concepción del lenguaje entre los primeros sofistas griegos, abrir una luz hasta el presente irreconocible respecto a la filosofía platónica. La relación que establecemos tiene presente, como ejemplo y paradigma del lenguaje y pensamiento griego, a Gorgias. Y ello sobre las precisiones pertinentes establecidas en anteriores párrafos.

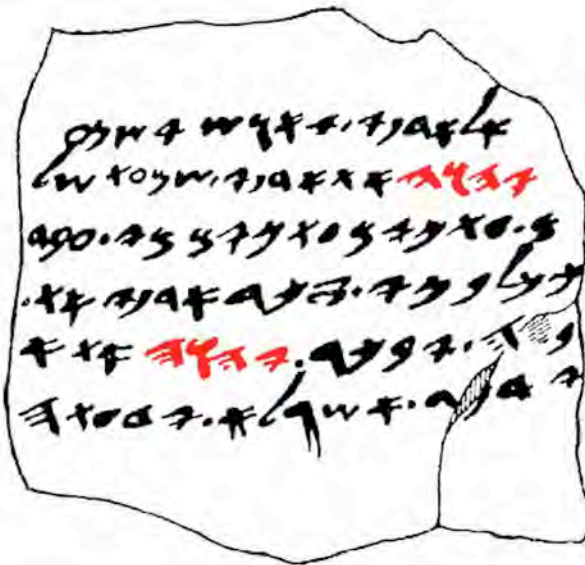


Figura 5: Carta de Tell ed-Duweir (siglo VI a.n.era) Lakis, en escritura paleohebraica.  
Transcripción: *A mi Señor Yaosh: Que YHWH sea propicio a mi señor sobre las nuevas de paz en este mismo día, en este mismo día. Y tu siervo, un perro, porque mi señor se acuerda de su siervo? Que YHWH entristezca...*  
(En caracteres de cor se ha destacado el nombre de Yahvé)

La construcción de la lengua griega refleja la constante evolución del alfabeto y léxico sobre la implantación, con Homero, Hesíodo, la lírica y la tragedia de la escritura formalizada, constantemente construida en los siglos posteriores, en una labor de reconsideración de la grafía y el concepto en su complejidad. Es cierto que el sistema léxico ejercido por Homero establece todavía una indefinición entre los estados corporales y anímicos. En la construcción de la lengua en la época homérica, rudimentaria aún, conceptos tales como “cuerpo” y “alma” no tienen fronteras definidas entre ambos. Tal indistinción llevará a Homero a considerar, por ejemplo, términos como *Thymós* (θυμός), *Psiqué* (ψυχή), y *Nóos* (νόος) identificados con entidades materiales, orgánicas y asignarles sentidos o significados diferentes. El marco lingüístico ejercido permite estudiar en el léxico homérico la compleja y progresiva evolución del pensamiento griego, su construcción singular frente a otros alfabetos mediterráneos, la enorme influencia ejercida por Homero (al modo de Cervantes en la literatura española) en el mundo griego y helenístico.

La escritura griega presenta un giro lógico al proceso de abstracción general, a la institucionalización de la filosofía con Platón en el siglo V. Hemos señalado algunas de las características del alfabeto que propiciaban el largo proceso de abstracción experimentado. La introducción del artículo determinado, las pronombres o la sustantivación de adjetivos de verbos o adjetivos permitirán la consolidación específica del concepto. El paso del *enunciado* al *objeto del enunciado* marca el proceso de abstracción diferencial a otra lengua distinta a la griega en su época.

La creación de la palabra “ser” dará un giro al pensamiento griego. La cópula hace posible nombrar, en la relación sujeto / predicado, tanto lo universal como la lógica inscrita en la formulación verbal de la frase. Parménides representa, con su identificación entre el *ser* y el *pensar* esta dislocación en la lenta transición al pensamiento lógico y abstracto.

Ese paso o transición será ejercido por la sofística que representa en el desarrollo del pensamiento griego de los siglos VI y V la racionalización, el amparo en la Razón frente a la posesión divina de la creación o fabricación material, del éxtasis, del designio del *daimon* (δαίμων), de lo instintivo (en el sentido de Nestlé). Tan sólo Platón recuperará al demiurgo y la concepción sublime de la poesía. La concepción del arte, y más en concreto, de la poesía tendrá su justificación racional, ya desde Demócrito, en Gorgias, frente a lo sobrenatural. Previamente, la singularidad de la escritura homérica (con el antecedente oral), de la Lírica, de la epigrafía y la tragedia (como hemos subrayado anteriormente) fueron constituyendo el léxico propio que permitiría el surgimiento de la Filosofía platónica y aristotélica.

Gorgias plantea el sentido del sustantivo *poiēsis* (ποίησις) en su forma delimitadora del significado adquirido en la sociedad griega. En *Elogio a Helena* afirma ese nuevo sentido de la poesía: toda definición posible pasa por ser ella misma *logos*, es decir, estructurada por la medida, por la métrica, el ritmo, etc., que es concedido por el logos.

Con esta ruptura, propiciada por el influjo del desarrollo alfabético vocalizado, la distinción entre poesía y prosa se abre por primera vez a un nuevo marco de géneros literarios, a una poética cuya máxima potencia residirá en Aristóteles, origen, como es sabido, de las poéticas posteriores.

En este orden de evolución en *Banquete*, 205 b 8-c 10, Platón introduce un diálogo entre Sócrates y Diotima acerca de la poesía y cómo surge la fabricación de objetos escriturales capaces de ser considerados arte o creación poética:

“Diotima.— (...) Tú sabes que la idea de creación [fabricación] (ποίησις, *poiēsis*) es algo múltiple, pues en realidad toda causa que haga pasar cualquier cosa del no ser al ser es creación [fabricación], de suerte que también los trabajos realizados en todas las artes son creaciones y los artífices de éstas son todos creadores (*poiētai*).

“Sócrates. — Tienes razón.

“Diotima.— Pero también sabes —continuó ella— que no se llaman creadores, sino que tienen otros nombres y que del conjunto entero de creación (ποίησεως) [fabricación] se ha separado una parte, la concerniente a la música y al verso, y se la denomina con el nombre del todo. Únicamente a esto se llama, en efecto, «poesía», y «poetas» a los que poseen esta porción de creación [fabricación] (ποίησεως).

“Sócrates. —Tienes razón”.

Y en *Gorgias*, 502 c 5-7, explicita con precisión a donde conduce la deducción planteada:

“Sócrates.— Continuemos, pues si se quita de toda “poesía” la melodía, el ritmo y el metro, ¿no quedan solamente discursos?  
“Calicles.— Forzosamente”.

¿Cuál es la propuesta de Gorgias (en oposición a la que planteará Platón) sino la de reflexionar sobre los límites del dominio de la palabra alfabetizada tal como es heredada de las lenguas semitas (fenicia, incluso de la *Lineal B*, etc.) para hacer significativa la crítica al poder soberano de la escritura, es decir, de la letra ya institucionalizada? La consideración de la palabra como una cosa indefinible, incapaz de representar el objeto de conocimiento, y por tanto incapaz de representar el ser, tiene su trasunto y antecedente en el Yahvé mosaico constituido en Idea mediante su sacralización en tablilla santificada en el Tabernáculo. La reflexión de Gorgias, por tanto, tiene el valor de ser ejercida, naturalmente, desde la propia *implantación* de la escritura, y a diferencia de la escritura mosaica, anteriormente subrayada, en el *contexto determinante* científico, de los fisiólogos (presocráticos) de la Grecia del siglo V. Lo cual significa que no era posible hasta Gorgias (y sin la epigrafía, la poesía homérica y la lírica) tal planteamiento porque sólo desde la escritura, desde la letra o fonograma puede ser planteada la reflexión sobre la palabra. Esta es la cuestión. Gorgias estudia el funcionamiento y la inconmensurabilidad entre el ser, el saber y el escribir y hablar, o lo que es lo mismo, el *decir*, el discurso.

Gorgias inicia su exposición asertivamente, según es recogida por Sexto empírico en *Contra los matemáticos* (VII 65 ss.)<sup>12</sup>: “El primero es que nada existe; el segundo, que, aún en el caso de que algo exista, es inaprehensible para el hombre; y el tercero, que, aún cuando fuera aprehensible, no puede ser comunicado ni explicado a otros”.

Si tales contenidos no tienen existencia, “lo existente no es pensado” (*op.cit.*, 77-79). Sexto empírico incide en el mismo sentido: “Ahora bien, los contenidos del pensamiento, al menos —ya que por este punto ha de iniciarse la argumentación—, no tienen existencia, como demostraremos. De ahí que lo que existe no es pensado. Que los contenidos del pensamiento no tienen existencia es palmario. Pues si los contenidos del pensamiento tienen existencia, todos los contenidos del pensamiento existen, cualquiera sea el modo en que se piensen. Lo cual es absurdo. Pues no por el hecho de que alguien piense a una persona volando o carros corriendo por el mar, al punto vuela la persona o corren por el mar los carros. Por tanto, los contenidos del pensamiento no tienen existencia”.

La posición de Platón, situado como Gorgias en la transición de la oralidad a la nueva forma de convivencia de ésta con la escritura, suscitará la polémica entre los protagonistas del nuevo orden intelectual griego. La circularidad cumple su cometido técnico.

La confirmación de la concepción platónica adscrita a *Fedro*, con referencias en otros diálogos (*Fedon*, *Cratilo*, *El Banquete*, etc.) y suscitada en pasajes de contemporáneos o coetáneos ha suscitado un número considerable de interpretaciones, afines en su mayoría a la inclusión de la escritura en una cultura oral concebida desde *contextos determinantes* propiciatorios de un desenclave de culturas anteriores (las colonias jónicas, la Hélade, etc.). Hecho que llevaría a Platón a desconfiar de la escritura frente a la lengua oral.

<sup>12</sup> *Sofistas. Testimonios y fragmentos*, Intro., trad., y notas de Antonio Melero Bellido, Gredos, Madrid, 1996.

La construcción teórica emprendida por Platón continuará la labor realizada desde los primeros jonios y sus elementos identitarios así como Hipias o Eudoxio fueron estableciendo las bases de la geometría posterior. En otros términos, la regla y el compás —*contextos determinantes* primarios—, precedieron al gnomon, la balanza o las singularidades geométricas de Apolonio, hasta alcanzar el privilegio metodológico astronómico de Ptolomeo en cuyo momento histórico ejerció la eficacia organizativa de la *Escuela de Alejandría*.

Precisemos la lógica del análisis efectuado hasta este momento. Las *identidades esquemáticas* no absorben a las identidades culturales, no se ajustan en su esquema; por el contrario las identidades culturales presuponen, dentro de las *identidades sistemáticas*, *esquemas de identidad* del tipo que denominaremos *objetual* (como corresponden a instituciones de orden político, social, también ceremonias en el sentido de participar del orden cultural o religioso, etc.), pero también *esquemas de identidad* de tipo *subjetual*, como pueden ser la propia identidad social de un pueblo, estado o nación, etc. Las *identidades esquemáticas* tendrían que ver ante todo con *esquemas de identidad* del tipo de la circunferencia o del triángulo en la medida que la Geometría griega queda institucionalizada en teoremas, esquemas científicos (cuyo término *final* se situaría con los *Elementos* de Euclides mediando Pitágoras) y logra superar el empirismo y pragmatismo babilónico mesopotámico y egipcio exento de *teorías* o *modelos* pero cuyos sustratos materiales llevarán a *relaciones de identidad*. Y ello con la evidencia de la “limpieza ontológica” efectuada por Tales, denominada así y estudiada por Pérez Herranz<sup>13</sup>. Tales identidades sintéticas, tanto las *esquemáticas* como las *sistemáticas*, consisten en *contextos determinantes* garantes de la verdad científica (teoremas, modelos, teorías, etc.) que están en la base del progresivo asentamiento de la escritura en los órdenes sociales y técnicos, ámbitos de complejidad cuyos agregados materiales permiten la *neutralización* de las operaciones *subjetuales*, la individualización, superar el primer espacio del escriba integrado en su realidad particular y social.

La interpretación de *Fedro* que proponemos estudia los dos campos establecidos desde el inicio de la escritura conformando tanto la percepción y aprehensión de la realidad del objeto como la del propio sujeto. Ahora, el *sujeto oral* queda enfrentado a la nueva *techné*, como cuña escritural, aun siendo ésta todavía inconsciente para el sujeto de su potencial, e incluso de todos sus mecanismos (en el sentido en el que la *anamnesis* y la *prolepsis* funcionan en el presente oral). Platón queda prisionero *naturalmente* de la grafía, de su *participación* ineludible como escriba y discípulo de Sócrates, de sujeto objetivado por la *distancia* para alcanzar el propio concepto, la realidad de la Idea que el pensamiento hace pervivir en el soporte de plomo, papiro o cera y que desde el mundo oral era imposible. Será pues, la exclusiva gramática lineal técnica (el rollo de papiro, pergamino, etc.) la que conforme los signos. No hay, a nuestro juicio, observación más pertinente que la de enfrentarse al principio *signi-ficativo* regido por el orden escritural, mas no cabe impregnar las palabras escriturales del *Fedro* de aquello que no podía ser ajeno al propio Platón, inmerso en la inconsciencia aun inconsistente de un presente *infecto* por la dualidad grafía / verbo.

<sup>13</sup> Fernando Pérez Herranz, “Entre Samos y el Museo: la travesía por el número y la forma geométrica”, en Gonzalez Recio (editor), *Átomos, almas y estrellas. Estudios sobre la ciencia griega*, Plaza y Valdés, Madrid, 2007, pp. 357-359.



Figura 6 : ABECEDARIO. Grecia, hacia 800 a.n.era. detalle de un antiguo codex representando la lengua griega. MS108.

El mapa aplicado a *Fedro* podría ser diseñado desde otros focos, desde una semántica del verbo y del signo, es decir, lo que denominamos *espacio significativo del logos*: entre Homero y Platón media una distancia temporal y técnica cualificada en la cual se forja e institucionaliza la escritura alfabética (Homero en *Iliada*, VI, 168 la denominará *mortíferos signos*). Con otras palabras, la escritura ejerce su función decisiva como conformadora del pensamiento *abstracto* y de la transmisión de un conocimiento no solo de experiencias sensibles, e incluso ocupa un lugar en las funciones didácticas diferentes al predominio poético tradicional. La escritura griega se implanta como tal desde el alfabeto fenicio con lo que ello implica, y conviene recordar: no solo la asunción de una gramática y un léxico nuevos sino un material hasta entonces reducido en una mínima parte a la *techné* de la alfarería y posteriormente a la incisión gráfica de epitafios sobre piedra o mármol (éste fue el marco educativo de Platón) antes de alcanzar el nuevo estatus de “texto” (tejido) y ser observado y comprendido a distancia, *objeto a la vista*, y *fundamentalmente también objeto a la mirada* (**Figura 6**). No solo el añadido de vocales como la progresiva simplificación de los monemas y fonemas y su formalización desde la oralidad permiten a la grafía responder al nuevo alfabeto ahora construido como esa distancia material visual exacta para *acceder* al logos. La lectura de los ideogramas, de los jeroglíficos, la escritura logo-silábica, la escritura consonántica en suma, incluso la escritura hierática (**Figura 7**), vigente entonces en la referencia mítica al rey egipcio en *Fedro*, no cumplían la misma función que un alfabeto vocalizado. Desde Homero y su *indeterminación* léxica (no equiparable a la escritura hebrea de Torá, menos descriptiva léxicamente), la escritura epigráfica, o la lírica griega (la cual significará la implantación de lo subjetivo o el análisis de sentimientos) se logra construir una escritura capaz de determinar la realidad hasta el punto de inflexión que inaugura Platón con el precedente de Parménides, Anaxágoras o Heráclito. En la Grecia del siglo V tal modelo de alfabeto exigía no sólo la visión sino la *mirada* del logos y desentrañar en la *simploké* de la grafía de palabras la unidad de aquel *espacio significativo* al que hemos hecho referencia. Una escritura, por ende, poco fluida, rígida, sin la armonía gráfica del griego establecido en Alejandría (s. III-II a.n.era) epigráfica en sus inicios (y con nuevos esquemas gramaticales y

sintácticos), sin espacios entre palabras y línea a línea en *bustrófedon* cuyo aprendizaje resultaba arduo, complejo, y exigente, lo que impedía su comprensión inmediata a menos que su estudio fuera constante; podemos recordar otras escrituras anteriores, los alfabetos fenicio o arameo cuyas escuelas exigían un oficio a los futuros escribas.

Desde este punto de vista se puede establecer la cuestión subyacente al diálogo *Fedro* en su complejidad: a nuestro juicio el diálogo plantea la reflexión sobre la fuente y expresión del conocimiento, la extrañeza de Platón ante la evidencia material significativa de los signos verbales y escritos: ¿es posible interpretar la añoranza y el privilegio del habla sobre la escritura desde una ontología de la búsqueda de la verdad /significado? No se trataría tan sólo de considerar la escritura incapaz de transmitir el conocimiento, en tanto falsa apariencia de verdad, al decir de Platón, sino de la captación de un *vacío*, de una diferencia, de un *constituyente simbólico*, un *sin-rastro* del saber en la capacidad significativa, en los signos. En suma, la propia estructura del alfabeto griego, superior a los dialectos y a la institucionalización de escrituras previas (incluidas el fenicio), tampoco alcanza a lograr la totalidad de poder alcanzar el conocimiento. En Platón estaría presente, en ciernes ya, la constatación de la imposibilidad, la tensión constante del logos, del signo, fuera verbal o escrito cuando se trata de exponer, expresar o dictar no solo la transmisión del saber sino de la Realidad, vale decir la *Aletheia* y presentando tal realidad como *inacabada*, ligada al proceso de cambio y de *Producción* humanas. *Fedro* pues, a nuestro juicio va más allá de la discusión sobre la escritura, plantea los términos en liza en pleno debate institucional de la Academia, donde se ejerce la crítica a la escritura *desde la escritura / oralidad*; es decir, desde la filosofía.

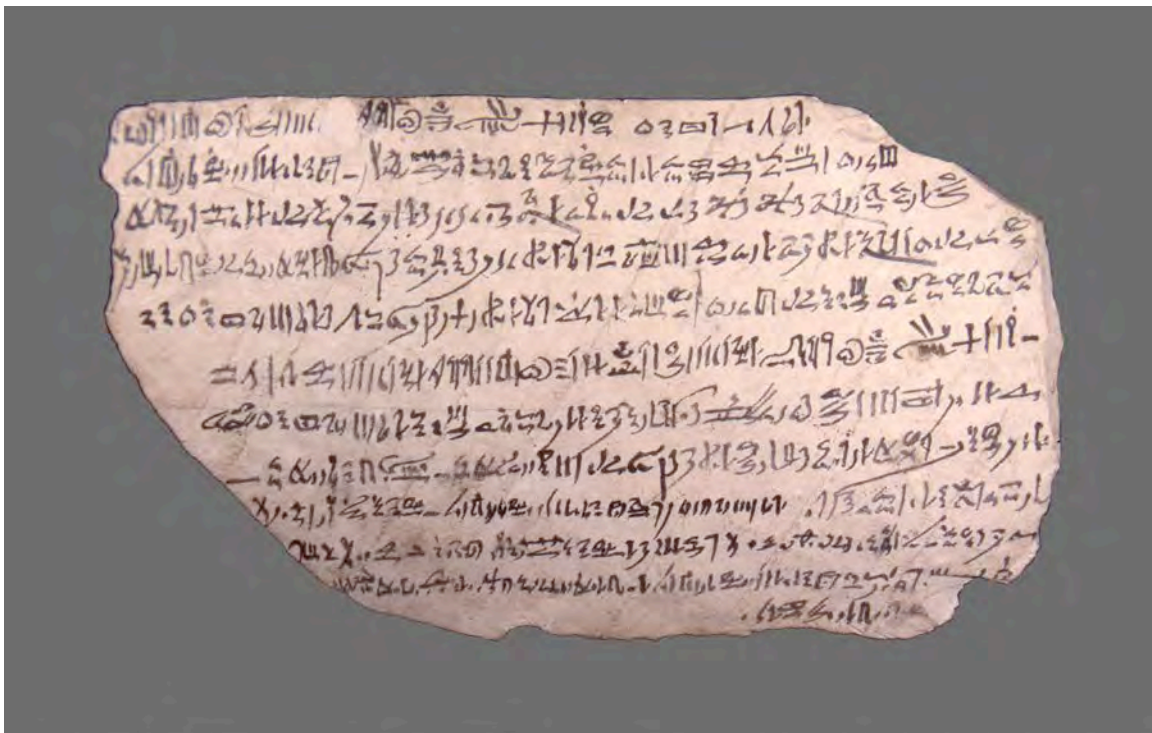


Figura 7: Ostracón con inscripción y grafía hierática. Piedra caliza con pigmento. Altura: 20 cm. Ancho: 30 cm. Hacia 1185 - 1070 a.n.era. Imperio Nuevo, Dinastía XX. Oriental Institute Museum, 12073, Chicago, Illinois.

Es el *material* el que dirime el concepto grafía en la linealidad de la proposición lógica. En la transición hacia lo que denominamos autonomía escritural la poetisa Safo es muestra del momento oral y escritural de convivencia lingüística en la *grafía*. El texto escrito forma parte indispensable de una construcción más amplia representada en sociedad y donde la música, el escenario, la reunión de invitados formaban el *coro* y el protagonismo de tal evento. Las palabras, las letras *gráficas* de Safo (siglo VI a.n.era), por ejemplo, es lo único que nos queda de aquellos eventos o reuniones, fueran festivas o no, de esponsales o de coros de mujeres; sin la música acompañando a la versificando, sin el ambiente y los componentes variables, aparte de los poemas, queda indefinida la determinación exacta de la escritura y el lugar que ocupaba en actos públicos. Por más que en los poemas de Safo ya se encuentre, al igual que en sus contemporáneos jónicos, Tales, Anaxímenes o Anaximandro, una evolución del alfabeto griego, del léxico superior a Homero y Hesíodo, incluso el principio de autonomía escritural, o que en los aedos prime la *palabra* sobre la *letra*.

### ***Cuestiones finales***

La construcción de la Idea de Escritura es inagotable por ninguna de las técnicas puestas a contribución en el proceso de producción. Solamente pudo aparecer escritura cuando se fraguó, por *confluencia*, el concepto y la idea misma, producto a la vez y simultáneo con el ejercicio mismo de escribir. No hay ejercicio escritural sin la representación material de la misma. Esta es la peculiaridad central del lenguaje escrito y la diferencia sustancial con el lenguaje oral. En suma, el que escribe sabe que está escribiendo, por más que la conciencia, *sola ella*, no alcance la validez total. La cuestión pues, reside en desvelar el momento en el que efectivamente las técnicas han llegado a tal grado de madurez que *confluyen* y se produce por *anamorfosis* tal idea, esta es la cuestión. Por ello, tal proceso no es distinto de la ejecución misma del proceso escritural, pero realmente implica un salto decisivo, en ese preciso instante, el salto a la Idea (*ιδέα*).

182

NOVIEMBRE  
2014

Con otras palabras: en la *figura institucional determinada* se materializa la idea de escritura en tanto es ejercitada por un gremio (el de la *clase* de los escribas) que ya toma conciencia de sí mismo como escriba sagrado (de textos sagrados); y aunque esa conciencia no sea todavía conciencia filosófica ya implica un grado de reflexión. Los escribas sagrados tienen conciencia de su posición, pero *no es una conciencia filosófica, aunque son conscientes de la idea de escritura*, por más que ella sea una idea confusa, y por tanto más *ejercida* que *representada*.

Las cuestiones filosóficas, no sólo antropológicas sino gnoseológicas y ontológicas, suscitadas por la escritura, tal como han sido diseñadas, serían las siguientes:

a) La Idea de escritura es simultánea con la aparición del proceso técnico de la escritura. Antes no hay propiamente hablando escritura, en tanto las denominadas formas preescriturales no pueden tener tal estatuto. Cuando se constituye el nivel categorial representado por las primeras fichas neolíticas, los sellos de imprimir y las *bullae* y *calculi* pudo darse el salto a la Idea y el proceso de fundamentación gnoseológico permite alcanzar el nivel apropiado.

b) La singularidad filosófica acerca de la escritura reside en la idea de *anamorfosis*



en su uso interno, teniendo en cuenta que las presentaciones de la doctrina hasta el presente son externas; por el contrario, el estudio de la *anamorfosis* se convierte ahora en un mecanismo de explicación interno. Es decir, permite ver el tránsito hacia *delante* y hacia *atrás* operatoriamente y en un caso específico, como es el de la escritura. Hay, desde luego, una mezcla necesaria la cual funciona con una lógica interna capaz de radiografiar, alcanzar una visión capaz de ser estudiada fenomenológicamente y a la vez permitir la reconstrucción del proceso de *anamorfosis*. Es más, el fundamento operativo de los *epiciclos* no responde, desde nuestro punto de vista, a un proceso subjetivo en el cual los sujetos fuesen conscientes del mecanismo epicíclico, por el contrario será la inconsciencia la actuante en el desarrollo *significativo* del proceso escritural. Proceso que alcanza incluso al dominio de la escritura alfabética, no sólo fenicia sino griega: será en este sentido como se pueda abordar el alfabeto griego, desarrollado desde la *inconsciencia*, desde el desconocimiento de la escritura cuneiforme, e incluso fenicia, al menos en sus mecanismos gramaticales y significativos. Inconsciencia que no excluye el proceso de *anamorfosis* (como hemos estudiado anteriormente). Puesto que en puridad la única conciencia que llegaron a tener los griegos de ese proceso fue una conciencia *mítica*, transmitida y reflejada en la mitología; precisamente el mito es el *logos* de aquello que no se tienen datos suficientes para envolverlo en marcos racionales y sin excluir la inexistencia de una discontinuidad entre el mito y el *logos*.

Los fundamentos filosóficos aplicados sirven para “deconstruir” (en el sentido de triturar conceptos y teorías), para encajar, delimitar, valorar, superar, y soportar el peso de los componentes y elementos de la técnica de la escritura los cuales llegan a cuestionar el propio concepto de escritura. Tales fundamentos reciben una corrección limpia y, por su propio marco y definición, una aplicación en el nuevo campo filosófico. Como también exigen una crítica de la Idea de hombre, y una crítica de la antropología resuelta en el concepto de escritura. Teniendo presente que las teorías acerca de la escritura deberían establecerse con el fin de resolver antropológicamente el origen de la escritura.

